

DIDÁCTICA PEDAGÓGICA EN LA NOVELA «COSTISTA»:
JUSTO DE VALDEDIÓS, LA LEY DEL EMBUDO
Y LOS UNIVERSITARIOS

FERMÍN EZPELETA AGUILAR

INTRODUCCIÓN

El gran biógrafo de Joaquín Costa, cuyo libro se ha reeditado con éxito este año del centenario, ha señalado la condición de polígrafo del aragonés universal, sustentada en la vocación inquebrantable de ser escritor, con un designio de largo alcance concebido desde los primeros años de juventud como labrador en Graus en un contexto hostil propio del lugar y de la época¹. Costa escribió mucho, abarcó muchas parcelas y a todas ellas se entregó con una pasión de niño. «Leer y leer; escribir y escribir» parece ser su divisa, desde el momento que su viejo maestro de escuela le amonesta cuando lo ve venir por la calle del pueblo guiando un borrico («Si con burros vas, burro serás», Cheyne, 2011: 40). Pionero de las Ciencias Sociales en España, Derecho, Pedagogía, Economía, Antropología, Sociología, Lingüística, Historia, pero también Literatura. «Costa, de no haber intentado abarcar tantas disciplinas y haberse ceñido a una sola, hubiera alcanzado, por su enorme capacidad de trabajo e inteligencia, una cumbre universal» (Fernández Clemente, en Cheyne, 2011: 269).

Desde 1864 a 1874 escribió cuentos y poemas en prosa; y cuando llega a la Universidad de Madrid como estudiante, tras haber obtenido por libre los títulos de maestro y bachiller en 1870, se ilusiona con la novela científica e histórica (Cheyne, 2011: cap. 8, da cuenta del título *El siglo XXI*, al modo de la literatura de Julio Verne). Mientras Galdós está modernizando la novela histórica con las primeras entregas de los *Episodios Nacionales*, Joaquín Costa incuba el gran proyecto que debía integrar en las *Novelas Nacionales* para contar la historia de España desde bases mitológicas. Como testimonio de este plan queda la publicación póstuma e inconclusa de la novela *Último día de paganismo y primero de lo mismo*, redactada hacia 1908-1909, y reconstruida a partir de fragmentos insertos en *La España Moderna*². En el momento de máxima fragilidad (diabe-

.....
¹ Este trabajo se inserta en el marco del Proyecto de Investigación Fundamental del MICINN DER 2010-21954 *Política y Educación en la España Contemporánea (PEEC)*.

² Disponible en versión digital, procede junto con las notas de Costa en el volumen XIV de la Biblioteca Costa. La descripción bibliográfica puede verse en ROMERO TOBAR (1977: 162).

tes, hipertensión, arteriosclerosis) se traslada al Ateneo de Madrid para ver «si puedo difundir algo más entre los lectores la enseñanza que deseo comunicarles» (diciembre de 1909). «He ido nueve días al Ateneo del brazo de dos, subiéndome desde la puerta al segundo, o sea a la biblioteca, entre tres porteros, en un sillón fuerte» (Cheyne, 2011: 162). Costa, al amparo de una cierta investigación histórica, hace una labor arqueológica que conecta con la gran literatura europea de la segunda mitad del siglo XIX sobre el Imperio Romano (*Fabiola*, de Wiseman; *Ben-Hur*, de Lewis Wallace; o *Quo Vadis?*, de Sienkiewicz) (Romero Tobar, 1977: 162), pero busca ante todo la eficacia didáctica propia del género de la novela regeneracionista, pues enseña al receptor lecciones aplicables en el momento presente.

El argumento de lo publicado (sobre la mitad), queda glosado por Romero Tobar (1977: 163) en los siguientes términos:

«Numisio –noble romano de origen hispánico– viaja desde Ilerda hasta Cauca a fin de asistir a la celebración mortuoria en memoria del general Theodosio, víctima de las intrigas del palacio imperial. El hijo de éste –amigo de Numisio– recibe a los invitados, entre los que se cuentan el general Magno Clemente Máximo y el obispo Prisciliano. La celebración es interrumpida por las graves noticias que llegan sobre la derrota del ejército oriental, a cuya jefatura el emperador Gratiano invita a Theodosio. Las victorias obtenidas por éste sirven para exaltarlo al solio imperial de Oriente; este es el momento que el nuevo emperador aprovecha para recibir el asesoramiento de Numisio, quien cambia su paisaje habitual –Hispania, Roma– por el de Tesalónica, Tracia, Bizancio. Las diferencias de criterio entre el emperador y Numisio van en aumento hasta el punto que éste no pudo admitir la tolerancia con que Theodosio recibe la sublevación de Máximo contra Gratiano y la usurpación del imperio occidental. Numisio regresa a sus posesiones de Turnovas (en la Tarraconense), de donde sólo se moverá para asistir, en Italia, a la derrota del usurpador. Retirado en sus posesiones, proyectando reformas agrarias e iniciativas industriales, muere de un accidente después de descubrir el telescopio, instrumento con el que se ha podido asomar a los linderos del más allá.»

El personaje principal de esta novela, a la vez que peregrina por los dominios del Imperio Romano, se muestra como un educador que fundamenta sus ideas pedagógicas en Quintiliano, y apela a reformas «costistas» de «escuela y despensa». El «legajo Soter», por su parte, redactado en 1905, contiene la marca de la «pareja pedagógica» (maestro-alumno), propia del género de la novela pedagógica al modo de *Telémaco* de Fénelon³. En este caso, el héroe adiestra a su discípulo, Pascual Villanúa (Sánchez Vidal, 1981: 14)⁴.

³ La novela pedagógica, o *Tendenzroman*, con antecedentes en la literatura clásica (*Ciropedia* de Jenofonte; diálogos clásicos), tiene como paradigma *Telémaco* de Fénelon, y desarrolla un tema educativo en el que se trasmite un programa pedagógico por parte de un profesor. Importa la pertinencia de la enseñanza trasladada por ese maestro a su discípulo. De modo que el mentor, como depositario del ideario pedagógico, cobra protagonismo narrativo y conforma con el alumno la denominada «pareja pedagógica». Granderoute (1985) conecta la morfología de este género a la naturaleza didáctica de la

JUSTO DE VALDEDIÓS. LA NOVELA REGENERACIONISTA

El boceto novelístico *Justo de Valdediós*, reconstruido por Sánchez Vidal⁵, puede hacer las veces de testamento pedagógico de Costa. Este queda transmitido a través de un personaje principal educador, como es habitual en lo que se ha dado en llamar «novela regeneracionista». Aparte de la narrativa de los escritores del 98 (Unamuno, Azorín, Baroja), que hace avanzar el género novelístico hacia la modernidad en obras como *Amor y pedagogía*, *La voluntad* o *El árbol de la ciencia* a la par que se inyecta en ellas reflexión sobre los males de la patria, hay un apartado poco conocido que sistematizó y exhumó Romero Tobar (1977), llamado «novela regeneracionista». Este crítico señaló dos modelos: el simbólico-fantástico y el otro, más cercano al ensayo, de carácter doctrinal, con funciones auxiliares de los libros fundacionales teóricos del regeneracionismo (Macías Picavea, Mallada o el propio Costa). Podríamos llamarlo también novela de conceptos. En todo caso, bajo esquemas diferentes, estos novelistas siempre apuntan de lleno al asunto central de los males de la patria y el caciquismo.

Y vamos a ver cómo Costa anticipa este último modelo en su borrador literario, aunque sea su discípulo Queral y Formigales quien lo canonicé por medio de su novela *La ley del embudo*. Costa aboceta su novela entre 1874 y 1883 (Romero Tobar, 1977: 159) en sus años de estudiante universitario⁶, al calor de la filosofía krausista ambiente. Son los momentos, por ejemplo, en los que Benito Pérez Galdós compone *La familia de León Roch* (1878), novela que glosa asimismo la doctrina del racionalismo armónico. Costa hace lo propio en su borrador narrativo, pero de un modo menos tangencial que el escritor canario. *Justo de Valdediós* es una síntesis krausista, según Sánchez Vidal (1981). No parece arriesgado afirmar que podría haber sido la mejor novela de conceptos krausista ajustada a un esquema próximo a la novela pedagógica o *Tendenzroman*.⁷ Parece colegirse, según Sánchez Vidal (1981: 95), que *Justo de Valdediós* adoptaría la forma de «manuscrito destinado a la publicación»: un testimonio

novela y propone como criterio hermenéutico la transposición de la pareja de personajes mentor-discípulo («pareja pedagógica») a la de novelista-lector.

⁴ SÁNCHEZ VIDAL, Agustín (1984: 29-68). Entiende este investigador que el personaje protagonista, Justo de Valdediós, experimentaría un proceso de evolución que lo llevaría a convertirse en Justo Soter, como paso intermedio antes del Soter definitivo. El primero «cumple la frustrada vocación universitaria de Costa y su papel de Fichte al hispánico modo entre efluvios inequívocamente krausistas». Y Soter supondría «el ajuste de cuentas con la Restauración y el cumplimiento mediante fórmulas de ficción de sus programas de tutela sobre el país» (53). La acción de esta novela anticiparía de algún modo la Segunda República y la Segunda Restauración (55).

⁵ SÁNCHEZ VIDAL, Agustín (1981). El crítico inserta el texto dentro de la novela histórica y, aparte de reconstruir la peripecia, insiste en el ideario pedagógico que se desprende de la misma.

⁶ Ver el trabajo de MAINER, José-Carlos (1984: 225-243).

⁷ SÁNCHEZ VIDAL (1984: 38) alude, por ejemplo, a Fénelon como una de las fuentes señaladas por el propio Costa para sus proyectos novelísticos.

narrado en primera persona, con algún parecido por aquí con la novela de Gumersindo de Azcárate *Minuta de un testamento* (1876), que tanto había influido en *La familia de León Roch*⁸.

En efecto, esta novela de Costa podría quedar inscrita dentro del género de novela histórica, en un sentido amplio, en tanto que obra total aglutinante de las distintas ciencias humanísticas. Pero el componente didáctico, apuntado por Costa en sus notas (1981: 108), exigiría un cierto desarrollo de aspectos cómicos y trágicos (con concesiones a lo episódico y a la digresión), además de la utilización sistemática del modo expresivo del diálogo. Parte fundamental del plan novelesco sería la construcción de un personaje principal sobre el que tendría que recaer el peso de la estructura narrativa. Un héroe, en suma, que remitiría inequívocamente a la zona autobiográfica del autor, como sucede, por ejemplo, con el personaje de Pío Cid en el ciclo novelesco de Ganivet.

Al personaje de esta novela de Costa se le asigna enseguida la condición de catedrático universitario, con toda probabilidad de Filosofía del Derecho, y se le dota de un ideario krausista, aunque sea en un momento anterior de la penetración de esa doctrina en España. Su perfil se identifica con el modelo de héroe prenietscheano señalado por Romero Tobar para el héroe de la novelística regeneracionista: «pormenorizado diseño de héroe de las novelas regeneracionistas, cuyos rasgos más señalados son su ubicuidad, su energía moral y competencia técnica, la dedicación total al alivio de los males de la patria, su destino trágico o escasamente halagüeño» (1977: 120).

Por este camino no resulta difícil que la novela pudiera leerse como un *Tendenzroman* o novela pedagógica clásica: la plasmación literaria de la «pareja pedagógica» maestro-discípulo se convierte, así, en la marca de identificación con el subgénero que deriva de *Telémaco*. El maestro es Justo (onomástica simbólica, como en la narrativa galdosiana) y su discípulo principal es Bermudo, quien recibe la herencia pedagógica de su mentor. Unas enseñanzas que deben hacerse extensibles a la «humanidad del porvenir que ha de ser educada» en un marco espacial itinerante y en un corte cronológico correspondiente al reinado de Fernando VII, en tanto que período histórico convulso del que se extraen consecuencias a propósito de la lucha revolucionaria en España.

Todo el conjunto doctrinal que da cuerpo a la novela se vierte enfundado en distintos modos expresivos, gobernados por la intencionalidad de exponer

⁸ Azcárate formaliza su narrativa como un testamento otorgado por un testador que no hace otra cosa sino interpretar el contenido del *Ideal de la Humanidad para la vida*, de Krause, adaptado en 1860 por Julián Sanz del Río. La «minuta» adquiere el formato pedagógico para servir de vehículo de los «consejos y recomendaciones» que jalonan la novela de Azcárate («Al lector», *Minuta*, 87). Los hechos referidos por un narrador «alter ego» del autor en torno a las facetas de padre y profesor apuntan siempre al «ejemplo y enseñanza» (*Minuta*, 192), verdaderos estímulos de la gestación del texto. La obra puede encontrarse por la edición de Elías Díaz de 1967.

didácticamente los contenidos disciplinares, y haciendo valer un estilo ecléctico ponderado en su momento. El héroe profesor comunica un ideal de reforma krausista que ha de suplantar al clericalismo-absolutismo del momento, ejemplificado en el ámbito escolar por medio de los jesuitas, quienes tienen bajo su férula a Bermudo. En uno de los episodios ambientado en el Madrid de 1820 el protagonista regentaría, por ejemplo, dos academias donde se armonizarían la fuerza del trabajo y la cultura, con un currículo educativo que comprendería materias de ambos ámbitos.

Los apuntes de Costa sobre este capítulo aparecen redactados así: «Al desaparecer el maestro huirán sus discípulos como los de Sócrates y los de Cristo al morir éste y aquél, pero la convocan otra vez en secreto con sus tiernos discípulos, y será cuando los cojan» (Sánchez Vidal, 1981: 14). «En la *conclusión* (75) un discípulo contará a Justo, anciano y viejo, la suerte corrida por sus hijos y nietos espirituales: fueron apresados y conducidos al cadalso “cantando plegarias a Dios e himnos a la humanidad”, mezclados con el nombre de Justo. Se les azotó y quemó por herejes (76). Justo desfallecerá ante estas noticias: momento de desaliento, también lo tuvo Cristo en el huerto» (74)⁹.

El maestro está pertrechado de sólidos saberes que han sido adquiridos en el contacto con los pensadores de la Ilustración del siglo XVIII y en su etapa de estudios en Alemania con Fichte. Pero, como es normal en Costa, hay también en esta novela invocación a las grandes fuentes culturales, entre las que no están ausentes la Biblia y la tradición hispánica.

El borrador novelesco contiene apuntaciones de teoría literaria que señalan la importancia del componente retórico del «delectare»: se hace así necesaria la inserción de elementos episódicos que aligeren un texto conceptual como es éste. Es el caso de las escenas estudiantiles, a imitación de las novelas de costumbres universitarias naturalistas. En este tipo de novelas aparece el estudiante universitario en lucha con el medio. Y entre las marcas caracterizadoras no faltan las calamidades, la crítica del sistema académico, las bromas o gamberradas y el fracaso escolar y aun vital¹⁰. Sánchez Vidal destaca entre todos estos episodios la «batalla paval» (1981: 54 y ss)¹¹. En las anotaciones de Costa se dice que se trataría de una broma a la que sería sometido un sabio francés por un grupo de estudiantes, que

⁹ SÁNCHEZ VIDAL (1981: 81) percibe semejanzas en este episodio con lo ocurrido a la Institución Libre de Enseñanza en 1939. En su opinión, Costa glosa aquí el funcionamiento del Colegio de San Mateo (1821-1825) de Alberto Lista, en tanto que antecedente de la ILE.

¹⁰ Pueden destacarse como ejemplos del género la novela de Juan Armada y Losada (marqués de Figueroa), *El último estudiante* (1883) y la de José Fraguas, *El estudiante* (1889).

¹¹ El borrador de esta «soberbia escena novelesca» comienza del siguiente modo: «Una diablura estudiantil. Los estudiantes se concentrarán para dar un bromazo de buen género a un profesor. Serán 1.000 estudiantes; el día de navidad compran cada uno un pavo, y a una misma hora desde las 7 de la mañana comienzan a reunirse en la calle 1.000 estudiantes, 1.000 mozos de cordel, y granujas para subir el pavo...» (Sánchez Vidal 1981: 54).

previamente habían sido «insultados» por ese profesor con el calificativo de «pavos». Iría aderezada de música y murgas, y cuando el profesor saliera al balcón las trompas saludarían a modo de rebuzno (22) (Sánchez Vidal, 1981: 56-57).

En cuanto a los contenidos, la voz editorial insistiría en amortiguar en lo posible los excesos que pudieran hacer inviable el triunfo de una revolución verdadera. Aparte del prontuario de saberes defendidos, habitual en la teórica regeneracionista, hay rescate, muy del gusto de Costa, de un ascetismo que va a dotar al héroe de energía moral necesaria para afrontar el alto designio a que se siente llamado. Se ponderan, en todo caso, las metodologías educativas que apelan al contacto directo con los alumnos, contraponiendo la enseñanza pestalozziana, valorada, frente a la jesuítica, rechazada. El título del epígrafe correspondiente es inequívoco en este sentido: «El pedagogo ha tomado el juego como principio de educación sabe más que Aristóteles» (Sánchez Vidal, 1981, 26). La siguiente estampa de aula informa de modo expresivo sobre esta idea:

«Como un niño cogiera mal la pluma y no escribiera bien, este anticuado dómine se la puso en la mano con tal furia que le sacó la sangre, clavándosela y comentando a Justo: “Nada, nada, el cariño no sirve de nada, todo ha de ser a fuerza de palos, la letra con sangre entra, ¿no es verdad, señor don Justo?” A lo que éste replica: “Soy de vuestra opinión con que entra la letra, pero espíritu no.”» (Sánchez Vidal, 1981: 28).

Se insertaría en la novela una visita girada por el personaje profesor a una escuela pestalozziana. Con anterioridad, y en ausencia del maestro, Bermudo había pintado en la pizarra símbolos de la vieja escuela y la nueva. Para la vieja se dibujaba un muchacho que entraba en ella con unas orejas largas y salía con otras más largas todavía; en la nueva, sin embargo, sus orejas quedaban reducidas¹² (24). A partir de aquí el maestro-filósofo enseñaría a Bermudo según las nuevas propuestas metodológicas que el propio Costa defendió en el Congreso Nacional Pedagógico de 1882 en su discurso sobre la enseñanza intuitiva. Otro aspecto interesante de esta novela sería la recreación de la figura del profesor como víctima propiciatoria en época histórica revolucionaria, al modo de lo que había hecho Galdós con el personaje maestro de escuela Patricio Sarmiento en el episodio nacional *El terror de 1824*.¹³ Costa convertiría

¹² Modos aflictivos, en fin, similares a las pedagogías practicadas por el personaje Pedro Polo galdosiano, en su *Doctor Centeno* (1883). Para más detalles sobre los castigos escolares, hay que leer la novela de José Zahonero, *Barrabás* (1890), dedicada por su autor a la Institución Libre de Enseñanza. Se incide en ella en el aspecto disciplinario, con glosa del castigo aflictivo en un internado religioso «lazarista». Pedro Antonio de Alarcón, en el cuento *El maestro de antaño* (1880), sistematiza los castigos aflictivos practicados en la escuela vieja de su época, y una de las modalidades consiste precisamente en «llevar colgado del cuello ¡todo un día! cierto cartón en que estaba pintado un burro» (1743).

¹³ La primera parte de la novela de Costa concluiría precisamente con un testamento político lleno de dignidad en forma de legado para los discípulos de Justo, con parecido también a las palabras finales de Sarmiento en el patíbulo.

también a su personaje principal en otro Cristo dispuesto a inmolearse por el progreso de la humanidad hacia su justo destino. Todas las penalidades y sufrimientos de Justo servirían de catapulta hacia la armonía final invocada por la doctrina krausista¹⁴.

LA LEY DEL EMBUDO (1897) DE QUERAL Y FORMIGALES: UNA NOVELA «COSTISTA» CON PERSONAJES DOCENTES. MODOS EXPRESIVOS DIDÁCTICOS

Pascual Queral y Formigales¹⁵ es autor de una única novela, *La ley del embudo*¹⁶, prologada por Joaquín Costa, situada en la estela de de la actividad regeneracionista desplegada por el maestro, hasta el punto que los personajes más importantes funcionan como emanaciones del «León de Graus». Puede hablarse con rigor en este caso de «novela costista» (Andrés y Calvo Carilla, 1984: 137-154) porque la caracterización positiva de esos personajes remite de modo inequívoco a la figura de Joaquín Costa. El acercamiento al maestro se produce en cuanto a los modos expresivos literarios, pero también en el plano de la actividad política. Hay que tener en cuenta que, durante la década de los años noventa, Queral es un destacado combatiente del caciquismo de la provincia oscense y suscribe de pleno el proyecto político de Costa. Es más, colabora con él de forma entusiasta hasta convertirse en un confidente político en las campañas agronómicas y políticas de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, tal como se echa de ver la novela.

La ley del embudo es una «novela en clave» que recrea hechos sucedidos en la ciudad de Huesca en torno a la gestión política del cacique local Camo No-

¹⁴ El referente histórico de carne y hueso para Galdós en su episodio nacional podría haber sido Cayetano Ripoll, el maestro de escuela de Ruzafa (Valencia), ahorcado en la plaza del Mercado de Valencia a manos de la reacción apostólica en 1826, tras fallo de las *Juntas de Fe*. Menéndez Pelayo (*Historia de los heterodoxos españoles*, VI, 1948: 139-143) explica estos hechos en el capítulo «Suplicio del maestro deísta Cayetano Ripoll en Valencia», a partir del artículo de Salustiano Olózaga «Un ahorcado en tiempo de Fernando VII por sus opiniones religiosas» (349-373), en el libro *Estudios de Elocuencia, Política, Jurisprudencia, Historia y Moral*, publicado en 1864.

¹⁵ Juan Carlos Ara Torralba es autor de una valiosa edición con una introducción que ordena los datos biográficos de Queral y Formigales y pone en claro además la filiación costista de esta novela. Muerto prematuramente en 1898, un año después de dar a las prensas su novela, había nacido en Bósost (Lérida), en septiembre de 1848, pero muy pronto se traslada a Barbastro, ciudad natal de su madre, como consecuencia del fallecimiento del padre, don Pascual Queral Castell. Estudiante de primeras y segundas letras en el seminario de Barbastro, cursa después, por libre, la carrera menor del notariado en la Universidad de Zaragoza. A imitación de su hermano Rafael, archivero de la Diputación Provincial de Huesca y abogado, pasó a la capital oscense en 1882, con plaza de escribano del Juzgado de Primera Instancia. A partir de ese momento es el escribano de Huesca y desempeña en esa ciudad su profesión, a la vez que propende enseguida a la acción política y al periodismo. Observador de los malos modos políticos de Camo Nogués, se sitúa en oposición frontal a ese cacique local. Su labor de periodista beligerante queda registrada en el *Diario de Huesca y La Brújula*, y allí combate precisamente el mal caciquil que asola la ciudad, tal como se narra en la novela.

¹⁶ Ver, por lo tanto, por la edición de ARA TORRALBA, Juan Carlos (1994).

gués durante la Restauración y años anteriores. Pero, al modo de la novelita de Gumersindo de Azcárate, opera como una «minuta» de la vida nacional de aquel período histórico. En las páginas prologales de Joaquín Costa se pone de manifiesto la identificación con el ideario vertido en la novela y se señala un rasgo estructural de la obra: «estudio procesal» del mal del caciquismo, bajo un diseño formal de novela, pero lindando la zona de los textos científicos políticos de los Giner o Azcárate.

Costa anota también en el prólogo el fuerte componente de «catecismo doctrinal» que dota de coherencia sobre todo a la segunda parte de la novela. Aquí se hace valer el modo expresivo del diálogo, formalizado a través de largas intervenciones en boca de los personajes portavoces de doctrina regeneracionista. La dedicatoria y el contenido evidencian la conexión con la obra educativa de Azcárate, que no por casualidad es el destinatario de la novela. La figura del profesor como héroe positivo queda encarnada en Gonzalo Espartaco, catedrático de Instituto de la ciudad (con algún parecido en el Máximo Manso galdosiano), con la suficiente preparación teórica y práctica para derrotar al cacique, *Gustito*. Su retrato literario se sujeta desde luego a las exigencias del nuevo hombre excepcional y pedagogo de nuevo cuño invocado en los textos krausistas e institucionistas:

«Una de las relevantes cualidades de nuestro Espartaco era su educación esmerada y sólida; a una forma irreprochablemente cortés juntaba perfecta solidez en la moral de fondo. En todos sus actos, antes que el bien parecer, estaba atento al buen ser; con dar a los fueros de la opinión social cuanto es legítimo, prefería en todo momento estar bien consigo mismo, en su conciencia (...) Completaban estas prendas morales condiciones en gallarda proporción; era robusto, alto, fornido, de varonil hermosura, cual modeló sus galanes Nicolás Poussin, no desdeñaba los ejercicios corporales, en los que resultaba espontáneamente gracioso y gentil (208-209).»

Al novelista no le interesa la indagación sobre el funcionamiento interno del Instituto donde dicta sus lecciones este catedrático de Filosofía, aunque sí que se trasluce una suficiencia de medios que contrasta con la precariedad de las escuelas de enseñanza primaria (el Instituto, por ejemplo, dispone de teléfono que usa el profesor en alguna ocasión). Lo significativo es que, dentro de los planteamientos de la narración, este catedrático funciona como arquetipo de héroe regeneracionista. La profesión docente le añade, por definición, un apreciable plus de valía moral. Al autor le interesa poner en el haber de su personaje la capacidad lingüística y retórica (algo de esto había también en la novela de Galdós *El amigo Manso*) y por ello, Gonzalo Espartaco se desenvuelve bien con la pluma y se presenta al lector como un extraordinario polemista que domina el artículo y el suelto en los periódicos que contrarrestan la intoxicación emanada de los órganos de expresión controlados por el cacique. En suma, estamos ante otro arquetipo de héroe de novela regeneracionista, según

la tipificación de Romero Tobar (1977: 189): «un hombre joven de la clase media, competente en los aspectos técnicos, e intachable en su comportamiento privado; hombre, en fin, capaz de emprender una empresa reformista cuyos resultados escapan al alcance de sus intenciones».

La conexión con el ideal educativo de la Institución Libre de Enseñanza queda apuntada por medio del perfil de este personaje y queda corroborada a lo largo de la entera novela, imbuida del espíritu de Azcárate y de Costa. Queral y Formigales fue protagonista directo de la «cuestión escolar», verdadero asunto palpitante en aquellos momentos de la ciudad oscense y de todas las ciudades españolas. Formó parte, en efecto, como vocal, de la Junta de Instrucción Pública (el órgano educativo que supervisa los asuntos de la escuela en el nivel provincial) a partir de 1887¹⁷, y en tal condición participó como miembro de los tribunales de oposición de maestros de escuela y en otros actos académicos celebrados en la ciudad de Huesca. El bagaje educativo de filiación krausista, como acontece en otros héroes regeneradores de novelas afines¹⁸, impulsa al personaje en la procura de la restauración de una armonía social desarticulada previamente por el caciquismo. Es verdad que no hay apenas invocaciones a Krause (una en la página 111); son más evidentes las concomitancias con Gumersindo de Azcárate, destinatario de la dedicatoria, del que se aprovecha un «sistema dinámico de votos» (504-505) para insertarlo, con el alarde gráfico habitual en la novelística regeneracionista (por ejemplo, en la novela que estudiamos a continuación, *Los universitarios*) en la parte final de la novela. Hay una salvación última del lado espiritual del ser humano, que se manifiesta en esta novela por medio de citas de la Biblia, quintaesenciadas en la invocación al Hacedor Supremo por parte del narrador omnisciente: «Prosternémonos ante el Hacedor Supremo, admirando en ese contrapeso a la concupiscencia, la inmensa provisión de la infinita sabiduría» (cap. XIII: 136).

El personaje docente es un «recto Catón» que traslada a los ciudadanos consejos políticos al modo del buen maestro al amparo de la metodología escolar, de ahí que publicara en la prensa «el programa del nuevo Ayuntamiento; en fórmulas concretas y sencillas, una especie de “Manual del edil” que nos duele no reproducir, pues fuera meritorio propagar la buena doctrina política y administrativa, en que abunda, y los sanos consejos con que induce a su recta aplicación» (226). A través de este alter ego de Costa, Queral desmonta el engrana-

¹⁷ Es amigo del prestigioso director del Instituto provincial de Segunda Enseñanza de Huesca, LÓPEZ BASTARÁN, M. (ARA TORRALBA, 1994: 312) y del inspector de primera enseñanza y compañero del periódico *La Brújula*, Juan Núñez Loscos (ARA TORRALBA, 1994: 315). Ver en nota 27 p. XIX.

¹⁸ Los héroes regeneracionistas suelen desempeñar profesiones de prestigio, de modo que aparecen troquelados literariamente como ingenieros, médicos, profesores, y no pocas veces imbuidos además de ideario krausista. El ejemplo paradigmático puede ser el personaje Manolo Bermejo de *Tierra de Campos*, novela escrita por el catedrático de Instituto Macías Picavea (SERRANO, Carlos 1983: 293-315).

je caciquil que tiene maniatada a la ciudad de «Infundia» y lanza una propuesta de «revolución desde arriba» («epílogo») como única vía de corrección de un mal social que se viene fraguando desde la Revolución del 68, momento en el que se sientan las bases del caciquismo según se lee en el capítulo diez.

Aun siendo el principal, Espartaco no es el único personaje que remite a Costa. Ricardo Atienza, adornado de la virtud de la integridad, ejemplifica al hidalgo que se retira al campo para llevar a cabo una tarea como «propagandista por el ejemplo», sin rebajar nunca la actividad intelectual, en tanto que escritor de libros de contenido regeneracionista al modo de los de Joaquín Costa, y bajo la divisa de «Amicus Plato, sed magis amica veritas (492)». De hecho su perfil intelectual y moral no puede ocultar la identificación con el autor de *Oligarquía y caciquismo*:

«En sus mocedades honró en la Central las facultades de Filosofía y Derecho, cuyas carreras hizo con toda brillantez». «Se impuso desde joven el sacrificio de la propia voluntad en aras del deber y, como tal, una especie de culto de los más puros ideales (...) convencido de que el mundo lo llevamos dentro, buscó en la satisfacción de la propia conciencia el único galardón efectivo para el hombre de profundo espíritu y de temple superior.» (484).

Se trata pues la ejemplificación de la práctica de las ideas costistas en el medio rural (Andrés Alonso y Calvo Carilla, 1984: 151) para apuntalar el ideario pedagógico del autor, como una vía alternativa a la simbolizada por Gonzalo Espartaco, quien lleva a cabo su tarea en el medio urbano.

Otro portavoz de las ideas pedagógicas costistas puede ser el personaje tullido Wenceslao, hermano del cacique, quien simboliza la valoración del componente moral del ser humano y «la educación como superación de los defectos de la naturaleza» (Andrés y Calvo Carilla, 1984: 148), en contraposición a los comportamientos perniciosos de su hermano. De su boca brotan constantemente homilías y consejos con citas de Séneca, San Agustín, el Génesis o la glosa constante de las Bienaventuranzas (por ejemplo, en cap. XXXIII: 340).

Los modos educativos de la Institución Libre de Enseñanza se transmiten además por medio del personaje femenino Amparo con el que finalmente matrimonía Gonzalo Espartaco. A la manera del personaje Irene de *El amigo Manso* de Galdós, la joven es educada en ambiente krausista; adquirió una formación práctica con habilidades artísticas en piano y una cierta educación literaria:

«Creció precoz, la educaron con esmero, desarrollóse magnífica. La instruyeron profesores de ambos sexos; los más sobresalientes en su respectiva especialidad; la educó su padre, que vivió para ello, conociendo el inapreciable tesoro que el Cielo le había dado. Huyendo del escollo tan común en la viciosa educación española, se atendió en la de Amparito a lo práctico antes que a lo teórico.» (62-63)

En una novela como esta no podía faltar la figura del maestro o la maestra de escuela, recurrente en la narrativa regeneracionista (se ejemplifica bien en

Pío Cid de Ganivet donde tiene cabida el personaje *Ciruela*, representante del maestro rural famélico al que deben varios años de sueldo). Queral y Formigales da cuerpo en su novela a alguno de los maestros con los que se encontró en su condición de vocal de la Junta de Instrucción Pública de Huesca¹⁹. El más llamativo es *Diego Palmeta*, un personaje adornado de rasgos de comicidad según el tópico literario y artístico que consagra la tradición. Aparece situado por parte del autor en el bando del cacique, y de él se destaca su pedantería lingüística al modo de los maestros de la narrativa realista del momento (por ejemplo, don José Ido del Sagrario galdosiano o el anterior Canuto Prosodia de Pereda en los cuadros costumbristas de 1871 de *Tipos y paisajes*, «Para ser un buen arriero» y «Blasones y talegas»). La presencia literaria del maestro suele ser ocasión para la glosa de su precaria condición social y económica: «Palmeta debía un piquillo que por las estrecheces clásicas del Magisterio no podía solventar; pues el acreedor, que se tenía también por muy amigo del jefe, recurrió a éste para que influyera a fin de que le pagaran» (144).

La maestra de escuela tampoco está ausente en la novela de Queral, bien es cierto que de forma episódica (como haría Galdós en su novela de 1909, *El caballero encantado*). Se las menciona indirectamente como materia de discusión caciquil por parte de las autoridades provincianas «para colocar a una u a otra» (145) o comentar los atropellos sexuales de alcaldes o secretarios (151), anticipando la gran novela sobre el caciquismo con protagonista maestra, *Doña Mesalina* de López Pinillos. Para Queral, la maestra tampoco se sustrae al tópico literario de la caracterización negativa: «La señorita P. era una romántica histérica muy fina y culparlante, que decía *melindres*, *aflauto* y *Valladolid*, sobrina de Zarandillo; tan aprovechada que en un solo día se hizo maestra superior en la Normal de Infundia» (76).

LOS UNIVERSITARIOS (NOVELA DE TIPOS Y COSTUMBRES ACADÉMICA DE 1898)
DEL DOCTOR J. ESTEBAN DE MARCHAMALO (SEUDÓNIMO) (1902)²⁰

En medio de este contexto de inflamación pedagógica surge una novela muy poco conocida, cercana al subproducto literario pero que tiene la virtud de indagar en todos y cada uno de los niveles académicos y en los distintos sectores patrocinadores: desde el privado, formado por las academias y colegios religiosos, pasando por el Instituto de Enseñanza Media y la Universidad públi-

¹⁹ Así lo entiende Ara Torralba, quien pone nombres y apellidos reales a alguno de estos personajes docentes.

²⁰ Manejo un ejemplar de la Biblioteca Nacional, con la signatura: 3/108146, que responde a la siguiente descripción bibliográfica: *Los universitarios (novela de tipos y costumbres académicas en 1898)*, doctor J. Esteban de Marchamalo. Académico de la Real de Medicina (seudónimo), Madrid, Biblioteca de la Educación Nacional, 1902 (año de terminación).

ca. Y, sin olvidar otras manifestaciones escolares pintorescas, como los sanatorios de higiene o gimnasios y la enseñanza a domicilio. En este sentido, el término «universitarios» que da título a la novela no alude solamente a los profesores de la Universidad, sino a aquellos otros docentes que dependen administrativamente de ella, La novela penetra mucho más que las otras estudiadas en las interioridades de la vida escolar, y aporta un buen número de anécdotas y de sucesos, hasta el punto de que el texto se convierte en documento informativo valioso, y en una auténtica «novela regeneracionista de conceptos» (Bortel, 1998: 223).

El repaso de alguno de los quince títulos de los capítulos que forman el total de la novela muestra cuáles son los escenarios y las costumbres examinadas. En «Los examinados y los exámenes del Colegio de Santa Rita» (capítulo 1), presenta la venalidad de los profesores que conforman los tribunales que examinan de grado a los alumnos procedentes de colegios privados; en «El Sanatorio de don Hermógenes» (capítulo 2) se glosa paródicamente el ambiente desahogado de «higienismo» que lleva a la instalación de «gimnasios» por parte de oportunistas que buscan ganancias rápidas, aprovechando cualquier local para la puesta en pie de sus establecimientos; en «Los ejercicios de don Liborio en unas oposiciones a cátedra» (capítulo 3) se describe con riqueza de anécdotas el mecanismo de las «oposiciones» a cátedra de Instituto; en «La educación doméstica, moral y religiosa de los herederos de una Banca Judía» (capítulo 4) se dibuja la enseñanza a domicilio por parte de un profesor íntegro y preparado (Dionisio Jiménez) quien, desde posiciones regeneracionistas y desde la asunción de los nuevos métodos pedagógicos, trata de contrarrestar las malas artes de los clérigos jesuitas que penetran en la intimidad familiar buscando pingües beneficios o desahogos personales de otra índole. Se incide sobremedida en el bandolerismo y piratería de los directores de academias (capítulo 7: «La Bolsa y el Bolsín de los Títulos Académicos o la vocación del hijo del tío Fanegas»), o en las complicidades entre editores librerías y catedráticos de Universidad para allegar sustanciosas ganancias a costa de los escolares (capítulo 5: «De porqué don Marcos no pudo entenderse en el comercio de libros de texto»). La descripción del ambiente de un instituto de Enseñanza Media es la materia tratada en el capítulo 10 («La vida de los intelectuales en la Atenas del golfo»), con investigación sobre jerarquización, sueldos y el motivo recurrente de las corruptelas administrativas.

La mayor parte de los capítulos inciden, sin embargo, en el mundo de la Universidad. En el nueve, «La Universidad de la Atenas del golfo» y en el once, «La apertura del año académico» se traza la historia de la universidad española para suministrar datos estadísticos administrativos de la situación actual en la que el autor escribe, desembocando finalmente en la narración de la ritual fiesta de apertura del año académico, con sus discursos, la entrega de distinciones y, sobre todo, la conjura, alentada por motivos políticos y de guerra religiosa,

que urde el decano de Derecho (antiliberal) contra el rector (anticlerical), haciendo hincapié una vez más en «las celadas del clericalismo», *leitmotiv* de la novela. El capítulo 12 «Sansón y los filisteos», que parece un emblema de la situación personal del autor, da cuenta de cómo el rector es derrotado definitivamente para a continuación ser entregado por sus correligionarios al Tribunal de Honor, el cual, mediante testigos falsos, puede acusar de cohecho al probo catedrático.

Todos estos escenarios y algún otro más, como los congresos pedagógicos (capítulo 13) o el anarquismo en la escuela (capítulos 14 y 15), constituyen los distintos motivos de un entramado narrativo, débil, pero animado mediante la construcción de tipos profesoriales nunca vistos en otras novelas de la época. Entre la variedad de ellos, dos aparecen revestidos de mayor rango, en tanto que se convierten en personajes con cierto recorrido, aprovechados por el autor como informantes para la construcción de la novela: don Liborio y el doctor Mendoza.

Se bosqueja, a través de notas retrospectivas, la vida del primero de ellos, profesor «aperrerrado» en academias y educado en desgracias. Inspector y paseante de colegiales, profesor numerario de academias, pero con una buena preparación universitaria (doctorado en Filosofía y Derecho). Finalmente, tras unas fallidas oposiciones a cátedras de Instituto, en la que queda en cuarto lugar como primer excluido, obtiene gracias a un recurso contencioso administrativo una cierta rehabilitación, pues se le otorga una cátedra, aunque de una asignatura de menor importancia que la de Retórica y Poética que había firmado. Tomada posesión de la plaza, ya cuarentón, y abandonado por la novia, puede ahora desquitarse de los sufrimientos anteriores, arrastrando un vivir muelle en la ciudad de provincias donde vive y trabaja, frecuentando el casino, y comprando ropa.

De la mano de este personaje van los otros dos compañeros excluidos injustamente de la lista de opositores. Don Aniceto funciona como arquetipo del eterno aspirante a «cátedras» que ya había firmado dieciocho oposiciones en once años y que se encuentra aquejado de neurastenia cerebral trashumante por mor del agotamiento de las energías de su sistema nervioso «en el estudio académico, la polémica ateneísta, el mitin revolucionario y el combate periodístico» (49). Aparece descrito como un personaje «escuálido, de lengua barba y cabellera hirsuta, vestido con un terno de levita color de ala de mosca, perorando siempre los delirios de su miedo con semblante de Cristo acongojado». Es un doctor hambriento, vergonzante y alcoholizado que acaba encerrado en un manicomio.

El tercero de la terna, don Sinforoso de la Gándara y Tururé, aparece definido como «uno de esos tipos en quienes el amor a la ciencia pura, con una pasión tenaz y desinteresada, llenaba su vida por completo» (102). Es un «ratón

de biblioteca» coleccionista de títulos universitarios (ex cura, graduado en Medicina y Ciencias Naturales a los 36 años, licenciado en Filosofía y Letras a los 39 años; en Derecho Civil y Canónico a los 42, y en Ciencias físicomatemáticas a los 45).

Avanzada la novela, ya inseparable de Liborio, Tururé se alza en portavoz de la impugnación de la vía educativa para la regeneración de España, con apelaciones continuadas a la naturaleza en detrimento de la pedagogía, en una actitud próxima a la que defiende el otro personaje informante, el doctor Mendoza. Tal se verifica en el capítulo 14, en la charla que éste mantiene con Tururé, con un fondo de desengaño y con la búsqueda de las salidas del marasmo educativo en el anarquismo o en la huida de la patria.

Don Alonso de Mendoza es el personaje que más protagonismo adquiere en la parte final de la novela, al estar destinado a dar lectura al discurso en la ceremonia de apertura del año académico de 1898. Había aparecido ocasionalmente como contertulio en el hotel donde residía el otro catedrático universitario portador del ideario pedagógico defendido por el autor, el doctor don Marcos del Hierro. Pero es a partir del capítulo 11 cuando la voz del doctor Mendoza se alza nítida en contra de los viejos modos pedagógicos vigentes en el país. Se trata de un profesor formado en el extranjero, imbuido de las nuevas ideas pedagógicas basadas en la intuición, en la higiene y en la educación integral que ahora se reintegra a la actividad universitaria española. Su perfil intachable es glosado así por el autor:

Poseedor de varios idiomas y de una inteligencia perspicaz, robusto de cuerpo y con gran firmeza varonil, don Alonso comenzó a los treinta y cinco años la carrera de Derecho, de una de cuyas asignaturas era catedrático por oposición cuando cumplía nueve lustros. Pero, no satisfecho con los progresos de su bufete, ni con los triunfos de ateneísta y académico, creyó que su deber de buen español le obligaba a comprometer la voluntad y la fortuna en la titánica empresa de la regeneración pedagógica de la raza ibérica. En su evolución antropológica, había inspirado la predicación de una cruzada para incorporarnos a la civilización contemporánea de los anglosajones, seguro de que este era el primer paso que con paciencia y tiempo recuperaría la influencia que los fanatismos políticos y religiosos habían arrebatado al genio inmortal de los latinoamericanos.» (211).

En su discurso, titulado «La Educación y la Enseñanza», desentraña las claves de la educación («cultivo integral y armónico de las facultades físicas, intelectuales y morales de todos los miembros del linaje humano», 212). Apela a la formación de un «sujeto de la educación» (215) con la promulgación de leyes que obliguen a la familia y al Estado la educación de la infancia y la juventud. Y, según el tenor de la época, preocupado por la higiene y las deficiencias fisiológicas de los niños, invoca a la ciencia médica «llamada a evitar los funerales de la raza» (217). Es necesario la fundación de instituciones filantrópicas en

las que «con amor, ciencia y paciencia, puedan educarse los hijos de los raquíuticos, escrofulosos, tuberculosos, idiotas, alcoholizados, neuróticos, ciegos, sordos, mudos, lisiados; inválidos, vagabundos, criminales, etc.» (217).

Al amparo de una tradición pedagógica innovadora jalonada por nombres como Comenius, Vives, Bacon, Locke, Basedow, Pestalozzi, Froebel, Rousseau, Hufeland, Lancaster, Montaigne, Fichte, Bunge (218), clama por la reforma de los métodos pedagógicos que se disputan el monopolio en la enseñanza española. Y, tras un repaso a la legislación educativa española del siglo XIX (desde Godoy, que organiza las escuelas de instrucción primaria; el plan de Calomarde (1825); el del duque de Rivas (1836); el del marqués de Pidal (padre), en 1845; el de Lozano de 1850; el de García Montero en 1852; Moyano en 1857; Gamazo en 1897 y marqués de Pidal hijo, en 1899), impugna los resultados obtenidos. «Es necesario enterrar el cadáver de la instrucción; de la cultura cursilona que no ha sabido engendrar más que tres hijos: el orador, el literato y el comerciante de la ciencia profesional de esta Universidad de la Atenas del golfo» (219).

Definitivamente los efectos de la «Ley Moyano» han sido, desde el punto de vista del conferenciante, nocivos: «Vivimos medio siglo envilecidos por la ley de Moyano» (220).

Y, en la mejor tradición arbitrista, el orador inserta un «reloj del educador» reproducido con riqueza gráfica y en forma de esquema, con caracteres llamativos, bajo el rótulo de ENSAYO DE UN HORARIO HIGIÉNICO PARA LA EDUCACIÓN INTEGRAL DEL SER HUMANO, con uno de los ejes en el que figuran las edades graduadas de los educandos (de 1 a 20 años). A cada uno de ellos corresponden tres grandes bloques de objetivos educativos: uno primero, «Actos de gastos (lecciones y estudios)», basado en contenidos asimilados siempre a través de los sentidos o mediante «cosas», amén de escritura, dibujo, cuentas, idiomas, ejercitación memorística y foniátrica; un segundo, «Actos de expansión», que incluye recreos, trabajos manuales, gimnasia, deporte y juegos corporales, baños y duchas; y un tercero, «Actos de reparación» que ordena la comida y el sueño.

La filiación gineriana del conferenciante resulta inequívoca y al ilustre maestro recurre como argumento de autoridad para la supresión de reglamentos, artificios, planes uniformes de estudio, sistemas de pruebas académicas y «tantas otras restricciones que debemos a la dictadura ininteligente y corta de alcances con que la centralización burocrática pretende dominar desde sus oficinas nada menos que la obra de la educación nacional» (224). Hay que suprimir las oposiciones, hay que formar a los profesores en el extranjero. Por otra parte, «huelgan los Institutos, escuelas de Artes y Oficios, Facultades y Academias galvanizadas por la tutela del Estado» (224).

Programa, en fin, inspirado en Giner de los Ríos, que se remata con la reprobación radical de la enseñanza universitaria. Es preferible suprimir la par-

tida de presupuestos nacionales dedicada a la Universidad que seguir así. La enseñanza universitaria es regresiva y, si algunos de sus alumnos puede hacer una vida profesional aprovechable, es solamente porque «después de salir de los centros de instrucción pública, se reeduca y perfecciona para que el ridículo de la opinión o el obstruccionismo del gremio no le esclavicen o anulen en la diaria lucha por el honor y por la subsistencia» (225).

La conjura del sector universitario antiliberal da comienzo, toda vez que el orador concluye que la Universidad de la Atenas del golfo era una institución oficinesca y corrompida y que, por mucho amor que le tuviera, no podía felicitarle por «sus inclinaciones homicidas y tampoco podía respetarle su prostitución» (225). Abandona el salón el sector de Guedeja (el Decano) y se forma una batalla brutal de voces y cachetes, con la participación callejera de los vecinos de la Atenas del golfo, que apoyan al profesor Mendoza. El rector, para conjurar el conflicto, anuncia la formación de un expediente al doctor Mendoza. Los propios liberales correligionarios se «achantan» como unos «filisteos» y no ponen ningún obstáculo para que el Tribunal de Honor y el Consejo Universitario encarcelen al catedrático y admitan testimonios falsos para imputar a Mendoza cargos de cohecho inexistentes.

El doctor don Marcos del Hierro es el primer personaje que aparece en la novela, y tiene un papel similar al del doctor Mendoza, alter ego también del autor. Es desde el inicio un catedrático concienzudo y comprometido con su trabajo que choca contra la inercia de corrupción y venalidad del estamento profesoral. Prototipo del educador higienista y froebeliano, cultiva su huerto, practica gimnasia y de su boca sale un discurso regeneracionista. Estos dos personajes esbozados en el capítulo inicial son los que aparecen al final de la novela con la misión de redención social de la escuela propugnada por el autor.

El término «regeneración» aparece glosado una y otra vez, incluso en alguna ocasión desviado humorísticamente de su acepción natural²¹. Por ejemplo, «La regeneración física, sociedad propagandística de gimnástica, de los deportes y otros ejercicios» (23). «Aquello era la panacea universal de la regeneración del hombre por el ejercicio con tanto bombo y platillos anunciado por don Hermógenes» (37). El autor no puede encontrar mejor filón novelesco que la disección del sistema educativo español del curso académico de 1898 para aventar unas insuficiencias que quintaesencian los males generales de la patria. Y, como ocurre en las muestras más significativas de la literatura regeneracionista, el discurso regenerador diluye los distintos elementos estructurantes de la novela. Lo que importa es la construcción de un corpus ideológico, que se forma mediante la incorporación de voces y testimonios de pedagogos, filósofos o políticos

²¹ ROMERO TOBAR (1977: 141) entresaca ejemplos paródicos de este tipo de uso del término «regeneración» en alguna novela y en el cancionero popular de las fechas de fin de siglo.

que sintonizan con las ideas últimas que se quieren defender. No pueden faltar los nombres de Joaquín Costa o de Basilio Paraíso²².

No están ausentes, por lo demás, algunas de las marcas del género, aunque éstas se integren en un todo narrativo de forma inarmónica. Así, se buscan valores regeneradores en el pueblo sencillo (ahí está el viaje de Liborio y su compañero a la patria chica del primero, el pueblecito castizo de la serranía valenciana) (capítulo 8, «Del pueblo a la Universidad»), en el que se hace oír la voz de uno de los personajes tipos (Tururé) para impugnar el mito del «pedagogismo» e invocar el abrazo a la naturaleza y al pueblo como elementos energéticos para salir del marasmo.

Falta, eso sí, el elemento mágico o la utilización del sueño como elemento novelesco, que estaba presente en el borrador de *Justo de Valdediós* o incluso en *La ley del embudo*²³. Sin embargo, al modo galdosiano y aun de la novelística anterior, se da en esta obra una utilización simbólica de la antroponimia y de la toponimia (así, la ciudad de Atenas del Golfo), con intencionalidad satírica evidente. Hay inflación del léxico organicista y del arbitrio y no falta la invocación a las disciplinas médicas como la ontogenia o la filogenia (en el discurso de Mendoza), con utilización profusa de la terminología clínico-médica.

Una novela de costumbres escolares imbuida del espíritu regeneracionista ambiente da como resultado la conformación de un cuerpo pedagógico defendido, a manera de tesis, confrontado a las prácticas educativas caducas diseccionadas. Es decir, la parte expositiva dibuja, como sucede habitualmente en el género regeneracionista, una tesis pedagógica; pero, en este caso, circunscrita a las distintas instituciones académicas que conforman el sistema educativo español. Y a diferencia de otras novelas de costumbres universitarias, la pedagogía no es mero contexto o telón de fondo, sino sustancia de la que está hecha la obra.

En el bando regenerador se sitúan las voces profesoriales identificadas con el autor quien, en la carta de la dedicatoria inicial, señala inequívocamente la tesis, contextualizada en unos momentos históricos en los que se ha desatado la

²² La conexión más evidente del autor con Aragón viene dada por su adscripción como profesor de Gimnástica al Instituto de Zaragoza en los primeros años de siglo XX. Juan Enrique Ablanque Oliveros, cronista oficial de Marchamalo, señala, en el artículo periodístico «José Esteban García Fraguas: Marchamalo (Guadalajara), 1870-Barcelona, 1908» (*Nueva Alcarria*, 14-I-2011), que compatibilizó a partir de 1902 su trabajo de profesor en el Instituto de Zaragoza con el de Inspector provincial de Sanidad. Pronto pasaría a Barcelona, donde moriría en 1908. El capítulo 1 viene encabezado por una cita del profesor de la Universidad de Zaragoza, Julián Ribera («El examen da por supuesta la eterna juventud de las facultades»). Y, antes, en la carta-prólogo a Eduardo Vincenti, ha apelado a la «voluntad del aragonés para probar que la Universidad no es teatro para que pierdan el tiempo maestros y discípulos en la exhibición o la polémica del escolasticismo contra el laicismo» (VI). Sin embargo, se dice, la obra se ideó en una masía de Cuarte de Llano (Valencia) y se terminó el 17 de agosto de 1902 en Biarritz.

²³ Como en esta novela de QUERAL Y FORMIGALES, *Los universitarios* sí que parece querer esconder personajes en clave que se corresponden con personas de la sociedad española del momento.

guerra pedagógica del clericalismo frente a la escuela laica: «Ha llegado el momento de aperebirnos a la guerra sin cuartel que el clericalismo provoca, poniendo en las manos de V. E. la bandera con este lema: “Ellos o nosotros”» (p. VII). De las actuaciones surge un perfil docente caracterizado por unos rasgos sobre los que se incide machaconamente en la novela, y que se resumen en integridad moral, competencia profesional y sensibilidad pedagógica.

En el bando de la corrupción pedagógica militan los numerosos tipos episódicos que pululan por la obra. Desde don Teonesto y otros profesores que venden el aprobado a bajo precio; o don Tadeo, profesor auxiliar de quien se dice que «era el arquetipo venal de esos anfibios de la política y de la enseñanza que convierten la magistratura en instrumento de sus ambiciones personales» (21) y algún otro profesor que simboliza la figura del «sacamantecas».

Los males del clericalismo (jesuitismo) están encarnados en el tipo de don Nicanor, introducido en el ambiente doméstico para perturbar la armonía familiar y para obtener pingües beneficios. De la Compañía de Jesús se dice, en materia educativa, que «viene explotando la enseñanza pública y doméstica de las gentes ricas, merced a una táctica de sensualismo cortesano, en el que la religión es el jarabe que enmascara el amargo comercial» (74).

Aparecen otros muchos tipos profesoriales que practican el bandolerismo con los libros de texto; o directores de colegios y academias como Zapatini, que activa el «tinglado del bolsín de títulos académicos»; o incluso tipos como don Hermógenes, convertidos en caricaturas de los defensores del higienismo y la gimnástica desorbitados. Sin embargo, dentro del ámbito de la escuela superior (de la Universidad, en sentido estricto) destaca la figura del decano de Derecho, *Guedeja*, prototipo de la reacción y cabecilla de los conjurados universitarios que se oponen al discurso «irreverente con la religión» leído por Mendoza.

En una zona intermedia queda el resto de tipos descritos, presentados con alguna complicidad por el autor, y vistos como personajes empujados por leyes deterministas que arrastran una peripecia universitaria, a mitad de camino entre la dificultad y el pintoresquismo. Tal es el caso del mencionado Liberio, servil y acomodaticio, pero mirado con simpatía por el autor quien al final lo redime de algún modo. Lo mismo sucede con los otros dos compañeros de la terna opositora de los excluidos; o con los profesores anarquistas entregados a comportamientos hipertrofiados, los cuales pagan con su vida esos excesos.

CONCLUSIÓN

El llamado género regeneracionista da cabida a novelas de mayor o menor calidad, y de autores más o menos reconocidos. Con presencia del tema educativo, siempre recurrente, idea personajes profesores, maestros o, incluso,

instituciones educativas. En las novelas «costistas» que nos ocupan, una vez hecho el diagnóstico, se impone la invocación de las soluciones, y en ellas la voz del narrador o la del personaje principal apela a la pedagogía krausista-institucionista como única salida posible. La figura del personaje profesor tiene cabida como una marca genérica más, revestida de carácter positivo, hasta el punto de recibir el cometido de contrapesar con su acción regeneradora la situación de miseria moral en la que se ven inmersos los ciudadanos. Cumplen así misiones de auténticos héroes novelescos, quijotescos, en cuyas fuerzas deposita toda su confianza el escritor.

En el caso de *Justo de Valdediós*, el personaje principal supone una síntesis de la pedagogía krausista, con la caracterización de otro Cristo que se inmola por el pueblo; y aparece revestido de una función redentora propia de un nuevo Hércules espiritualizado que ha de conjurar consecutivamente las consabidas dificultades, al modo de los «trabajos» a los que se enfrenta también el héroe de la novela *Pío Cid* de Ganivet.

En el caso de *La ley del embudo*, el héroe es el profesor de Instituto, Gonzalo Espartaco, que comanda el bando que ha de derrotar al cacique local, valiéndose no pocas veces de argucias propias de la novela de aventuras. A este carácter positivo que el novelista atribuye al profesor regenerador (en otras novelas tal papel puede ser encomendado a otros profesionales de prestigio)²⁴ se contraponen, y también como un elemento recurrente en el género, personajes secundarios o episódicos maestros o maestras de escuelas inmersos en ambiente caciquil, casi siempre caracterizados con los rasgos estereotipados negativos que presta la tradición.

La novela de J. Esteban de Marchamalo, *Los universitarios*, puede encontrar también acomodo en este grupo literario. Desde luego, la localización temporal del año 1898 es de suyo hartamente elocuente, aparte la utilización sistemática de los principales recursos expresivos que confirman la literatura regeneracionista²⁵. De las dos vías en las que venía a escindirse el género, el autor se decanta aquí por la de la novela-ensayo, en la que va fluyendo, paralelamente a la conformación de la peripecia novelesca, la voz de autoridad (coincidente con los personajes que encarnan posiciones pedagógicas fuertes) que, en forma de prédicas, digresiones, discursos o glosas configuran un auténtico ideario inspirado en la pedagogía de Giner de los Ríos, estimulado por el deseo de regeneración de la patria.

²⁴ ROMERO TOBAR señala entre la nómina de profesiones susceptibles de representar funciones regeneradoras: «escritores, abogados, expertos en temas militares, que combaten la abulia, el escepticismo o la inoperancia de las llamadas “clases neutras”» (1977: 189).

²⁵ ROMERO TOBAR, 1977, 133-209 y VARELA OLEA, M.^a A. 2001.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Novelas

- ALARCÓN, Pedro Antonio de, *Un maestro de antaño*, en *Obras Completas*, 7, Madrid, Ediciones Fax, 1943, pp. 1741-1742 (cuento).
- ARMADA Y LOSADA, Juan (Marqués de Figueroa), *El último estudiante*. Madrid, Imprenta y Fundición de M. Tello, 1883.
- AZCÁRATE, Gumersindo, *Minuta de un testamento*, edición de Elías Díaz. Madrid, Ediciones de Cultura Popular, 1967.
- COSTA, Joaquín, *Justo de Valdediós* (borrador fragmentario), en *Las novelas de Joaquín Costa, 1: Justo de Valdediós*, ed. Agustín Sánchez Vidal, Zaragoza, Departamento de Literatura de la Universidad de Zaragoza, 1981.
- FRAGUAS, José (García), *El estudiante. Novela de costumbres escolares*, Madrid, Juan Muñoz Sánchez, 1889.
- , MARCHAMALO, doctor Esteban de (seudónimo de José García Fraguas), *Los universitarios (novela de tipos y costumbres académicas de 1898)*. Madrid, Biblioteca de la Educación Nacional, 1902.
- GANIVET, Ángel, *La conquista del reino de Maya*, Madrid, Jaguar, 2001.
- , *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*: edición de Laura Rivkin. Madrid, Cátedra, 1983.
- LÓPEZ PINILLOS, José, *Doña Mesalina*, edición de José-Carlos Mainer. Madrid, Turner, 1975.
- PEREDA, José María, *Para ser un buen arriero; Blasones y talegas*, en *Tipos y paisajes, Obras Completas I*, edición de Salvador García Castañeda, Santander, Ediciones Tintín (cuentos), 1989.
- PÉREZ GALDÓS, Benito, *La razón de la sinrazón*, en *Obras Completas*, III, Madrid, Aguilar, 1973.
- , *El terror de 1824*, Madrid, Alianza Hernando, 1976.
- , *El caballero encantado*, edición de Julio Rodríguez Puértolas, Madrid, Cátedra, 1977.
- , *La Primera República*, Madrid, Alianza Hernando, 1980.
- , *La familia de León Roch*, edición de Íñigo Sánchez Llama, Madrid, Cátedra, 2003.
- QUERAL Y FORMIGALES, Pascual: *La ley del embudo*, edición de Juan Carlos Ara Torralba, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1994.
- ZAHONERO, José, *Barrabás*. Madrid, La España Editorial, 1890.

Otras referencias bibliográficas

- ABLANQUE OLIVEROS, Juan Enrique, «José Esteban García Fraguas. Marchamalo (Guadalajara), 1870-Barcelona, 1908», *Nueva Alcarria*, Guadalajara, 2011.

- ANDRÉS ALONSO, Rosa María y CALVO CARILLA, José Luis, *La novela aragonesa en el siglo XIX*, Zaragoza, Guara Editorial, 1984.
- ARA TORRALBA, Juan Carlos, «Introducción» a *La ley del embudo* de Pascual Queral y Formigales, Huesca, Institución de Estudios Altoaragoneses, 1994.
- BOTREL, Jean-François, «La novela de conceptos en la España finisecular: *Los universitarios* de J. Esteban de Marchamalo», en LISSORGUES, Y. y SOBEJANO, G. (coords.), *Pensamiento y literatura en España en el siglo XIX: Idealismo, positivismo, espiritualismo*, Toulouse, PUM, 1998, pp. 223-235.
- CHEYNE, G. J. G. (ed.), *El legado de Costa*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1984.
- , *Joaquín Costa, el gran desconocido*, prólogo de Josep Fontana; epílogo de Eloy Fernández Clemente, Barcelona, Ariel, 2011.
- EZPELETA AGUILAR, Fermín, «Sobre maestros y maestras en la novela del último Galdós», *VII Congreso Internacional Galdosiano*, 2001, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular, 2004, pp. 241-253.
- GRANDERROUTE, Robert, *Le roman pédagogique de Fenélon a Rousseau*, 2 vol., Genève, Slatkine, 1985.
- MAINER, José-Carlos, «La frustración universitaria de Joaquín Costa», en G. J. G. Cheyne (ed.), 1984, pp. 225-243.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Historia de los heterodoxos españoles*, VI (*Heterodoxia en el siglo XIX*), Santander, Aldus S.A. de Artes Gráficas, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948.
- NOGUERA LÓPEZ, Julián, *La última víctima de la Inquisición. El Maestro de Ruzafa*, Valencia, Cuadernos de Cultura, 1932.
- OLÓZAGA, Salustiano, *Estudios de Elocuencia, Política, Jurisprudencia, Historia y Moral*, Madrid, A. San Martín y A. Jubera, 1864.
- ROMERO TOBAR, Leonardo, «La novela regeneracionista de la última década del siglo», en *Estudios sobre la novela española del siglo XIX* (varios autores), Madrid, CSIC, 1977, pp. 133-209.
- SÁNCHEZ VIDAL, Agustín, *Las novelas de Joaquín Costa, 1: Justo de Valdediós*, Zaragoza, Departamento de Literatura de la Universidad de Zaragoza, 1981.
- , «Una patria de tinta: el legado novelístico de Costa», en *El legado de tinta*, ed. G. J. Cheyne, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1984, pp. 29-68.
- SERRANO, Carlos, «*Roman de Castille et régénération nationale: de Tierra de Campos. El problema nacional*, de Ricardo Macías Picavea», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XIX, 1983, pp. 293-315.